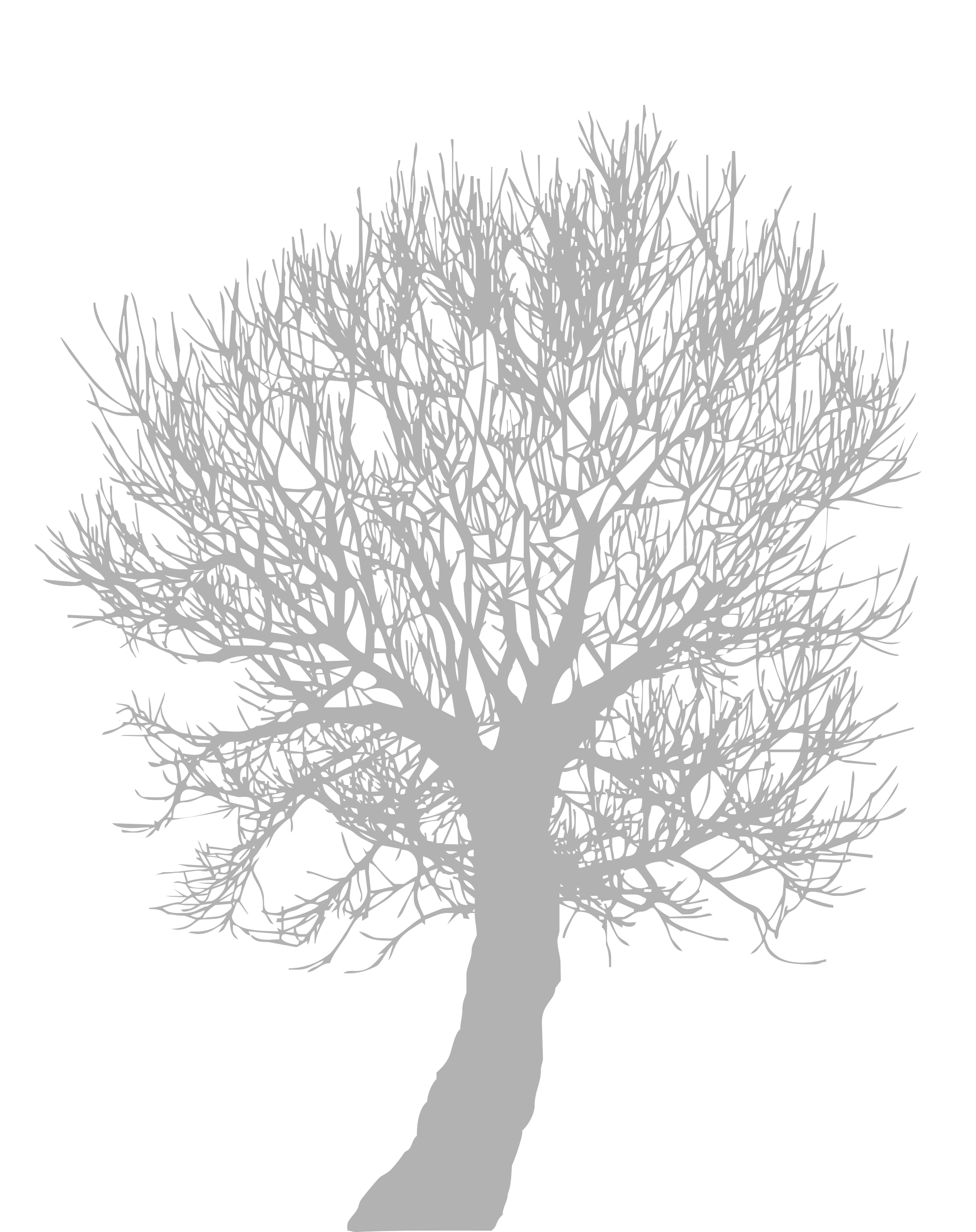
Obitual Pérez

CRÓNICAS VERDES

36 Microcuentos GreenPunK





Obitual Pérez



36 Microcuentos GreenPunK

Serie
La Jauría
intergaláctica



Editado por: FUNDAJAU
Pueblo Nuevo, # 3-33
San Cristóbal, estado Táchira
República Bolivariana de Venezuela
Telf: +58-0276-3532839
correo electrónico: fundajau@gmail.com
sitio web: lajauriaintergalactica.blogspot.com

Depósito legal: TA2019000009
ISBN: 978-980-6979-17-8

Negros árboles hostiles que por momentos parecen ponerse en marcha sigilosa para cerrar aquel hueco que abrieron los hombres intrusos, a fin de que todo amanezca selva tupida otra vez.

Rómulo Gallegos

PRÓLOGO

El título de **Crónicas verdes** resulta particularmente evocador para los amantes de la ciencia ficción, quienes podrán anclarlo con el libro *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, obra paradigmática dentro del género, que sigue siendo modelo de inspiración de muchos autores, especialmente para aquel a quien tenemos la dicha de presentar en esta edición.

La palabra "crónicas" nos remite a las nociones de **tiempo, memoria y evocación**, en tanto que sucede en un futuro que, si bien es ficcional, no deja de ser una consecución de eventos verosímiles con miras a lograr una transformación social (tiempo); la obra está integrada por un registro cronológico de eventos ficcionales (memoria); así como de la capacidad de evocar un sentimiento poderoso (evocación), usado para involucrar al lector no solo a través de lo estético.

Nos detendremos un instante en los términos de memoria y evocación, pues ¿acaso no es el verde, un color arquetípico de la naturaleza, asociado directamente con los árboles, las plantas y el ambiente no artificial en general? Es por eso que el título de esta edición evoca en el lector versado, una conexión con el greenpunk y la literatura ecológica.

Crónicas verdes presenta un registro de eventos que muchas veces nos pueden hablar más de la realidad que los periódicos y los historiadores, por lo que podríamos describir esta obra como crónicas del sentir expresadas en un código literario. La ciencia ficción no necesariamente cumple una función pedagógica o concientizadora, aunque sea ésta una tendencia afín que da cuenta de sus posibilidades y accionar. Decía el escritor cubano de ciencia ficción Erik Mota[1]:

> Lo que pasa es que todos estamos demasiado próximos a la realidad y entonces los árboles nos impiden ver el bosque. Sólo cuando partimos de una historia re-escrita y ponemos en ella los elementos de nuestra realidad actual, es que podemos realmente reflexionar adecuadamente sobre nuestra vida(Jurado, 2013).

Mota no se refiere específicamente al **greenpunk**, sino a la ucronia, pero es cierto que su apreciación se puede extender a este último género, pues aunque éste se desarrolle normalmente en un futuro

post-apocalíptico, no quiere decir que no se reflejen problemas actuales y dualidades hombre-naturaleza expresados hoy en día. Sin embargo, éste no es el caso de Obitual Pérez, cuyo libro no se ajusta completamente a las bases principales que postula Matt Staggs en el Manifiesto Greenpunk , publicado en 2009, en tanto que propone una solución diferente a la destrucción de la naturaleza que no emplea una nueva fuente de energía, un mejor uso de los materiales ni combatir las causas del efecto invernadero: volver a la naturaleza que habita en nuestro ser.

Esta idea se hace posible gracias a la modificación genética, más cercana al subgénero del biopunk, con la presentación del *fitogen* que postula el autor como solución alternativa al greenpunk idealizado de tecnologías verdes. Esta solución presenta una ambigüedad ética dentro de la psiquis del autor, pues a pesar de sus fervientes declaraciones de no ser un admirador de los alimentos modificados, ¿cómo es que si "apoya" la creación de híbridos humanos? Dicha especie da cuenta de la naturaleza utópica presente en el corazón idealista del escritor, que se revela a través de sus relatos, donde nos muestra individuos exitosos a nivel biológico: no son estériles y carecen de las malformaciones o aberraciones comúnmente presentes en muchos proyectos de recombinación genética.

En Crónicas verdes, Obitual Pérez nos muestra una obra estructurada a la manera de Crónicas Marcianas, donde cada cuento revela una historia particular que se inserta dentro de una macro-historia que describe una visión post-apocalíptica y distópica, en la cual todo acaba resultando utópicamente bien para la naturaleza.

En este conjunto de relatos el lector no hallará personajes relevantes ni mesiánicos, sino la descripción de un mundo en el que se abre la posibilidad de una conexión diferente con la naturaleza fuera y dentro de la "humanidad".

Wild Parra
San Cristóbal, 2019

---

1. Cristina Jurado (2013, 13 junio) Erick Mota: ucronía con sabor cubano Recuperado de: https://masficcionqueciencia.com/2013/06/13/erick-mota-ucronia-con-sabor-cubano/







A los demás niños les salían: cuernos, garras, pezuñas, picos y plumas, pero en ella lo único raro era su piel color verde. Los otros niños: corrían, trepaban, volaban y aullaban, mientras ella se quedaba quieta, en silencio.

Dictaminaron que era autista, y al no saber cómo tratarla, la abandonaron a su suerte en el desierto.

Con los años el proyecto claudicó, y las creaciones fueron liberadas. Estas se dirigieron en manada al sitio donde fue abandonada la niña, sólo que ahora, en lugar de desierto, había una selva frondosa.

Se internaron en ella como si volvieran a casa.



Grandes parques y hermosos jardines eran la principal bandera de las ciudades autosustentables. Estos espacios estaban biológicamente controlados.

El césped que cubría el suelo era una especie genéticamente modificada que alejaba todo tipo de bichos: mosquitos, cucarachas, hormigas y alimañas ponzoñosas. Sin embargo seguían tratando de erradicar la maleza, para ello rociaban veneno regularmente.

Entonces llegó el día en que la maleza se extinguió, y con su extinción vino la del césped, las flores, los árboles, los insectos, los roedores, las aves, los mamíferos, e inevitablemente los humanos, quienes pasaron sus últimos días abonando tierra y cultivando fatuas esperanzas.

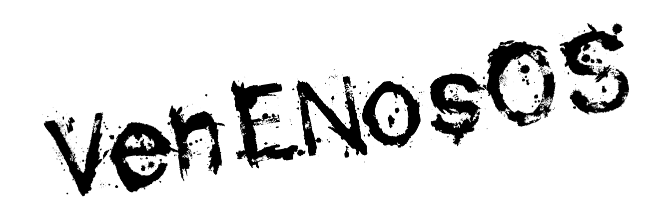


Decenas de bestias humanoides o de humanos bestializados, yacían muertos por todos lados, configurando un sangriento escenario.

Los que insistían en la mezcla humana y animal, carecían de esa mirada visionaria que conquista la vida aventurándose en lo insospechado.

Él seguía vivo, aunque le faltaban algunas extremidades, pero nada que con un poco de agua, sol y tierra no volviese a retoñar. Allí mismo, aprovechando que la sangre y la carne putrefacta abonarían el suelo, cavó un pequeño hoyo dentro del cual se sentó.

Al cabo de unos meses lo vieron mucho más frondoso, danzando bajo un gran aguacero.



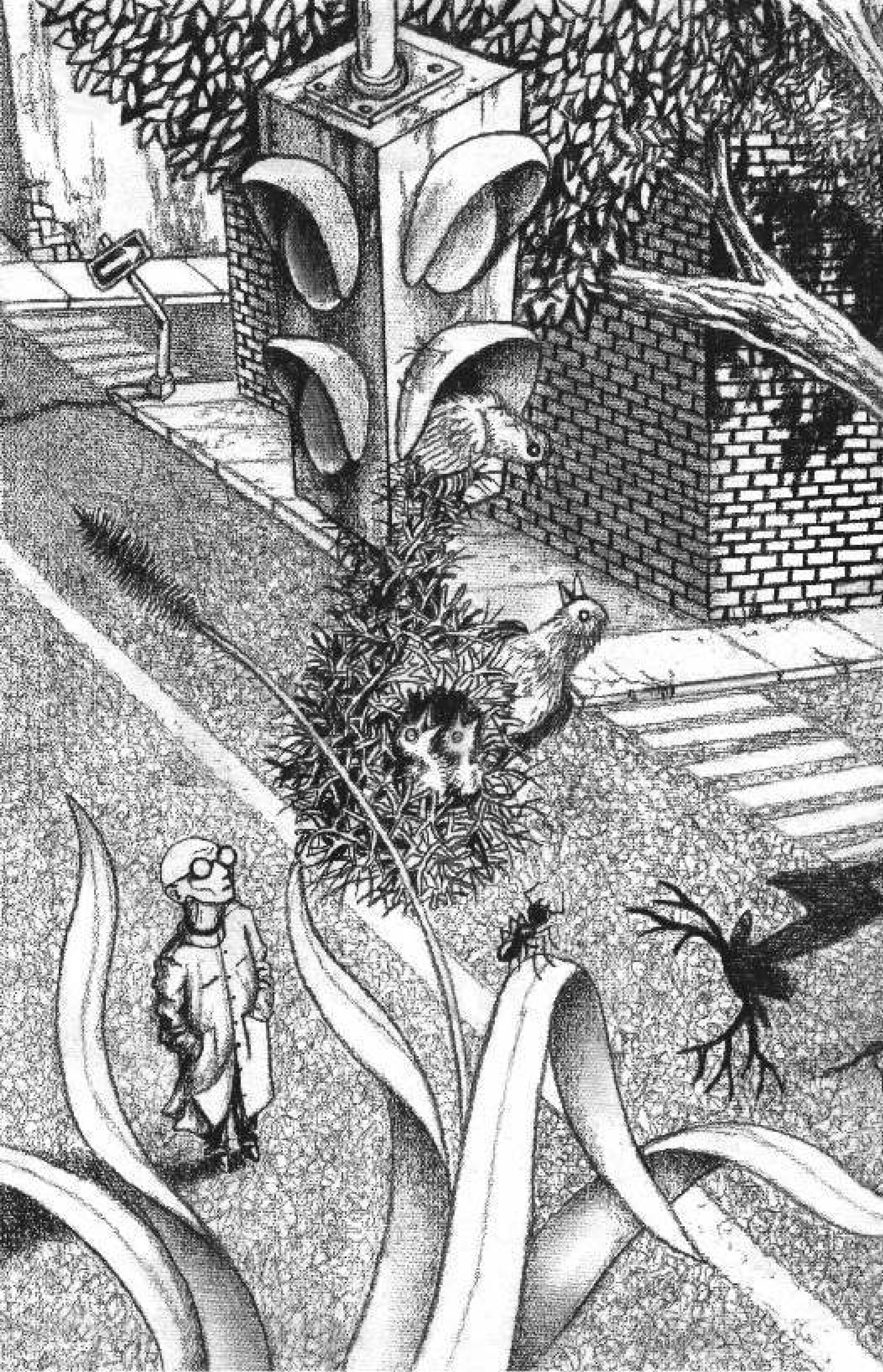
El pequeño caracol se desplaza por la hoja dejando una estela tornasolada.

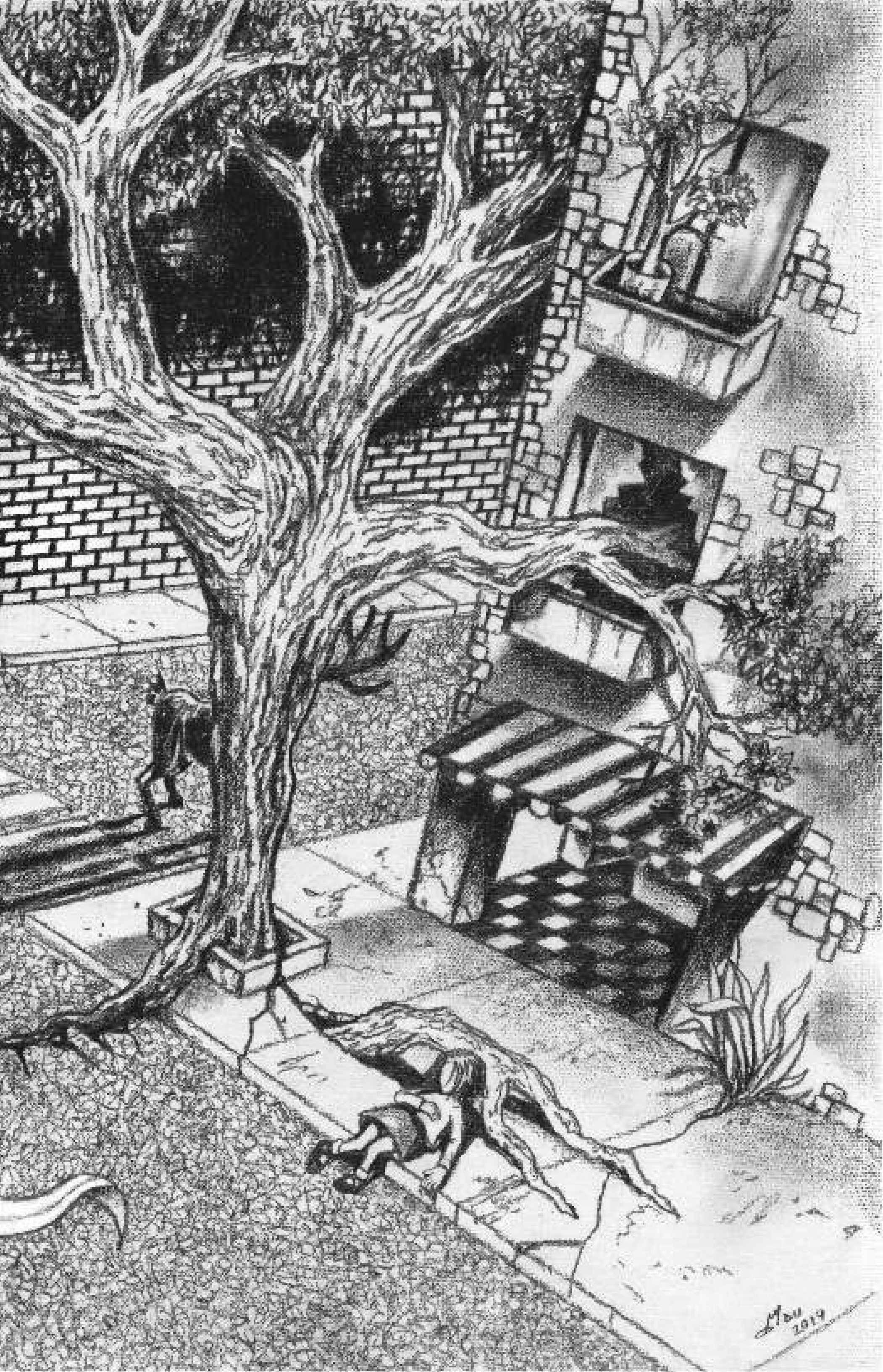
Ella corre por la calle del miedo, buscando a alguien que no halla sido desmembrado, devorado o envenenado por bestia, roedor o insecto.

La hoja se dobla por el peso del caracol. Mientras este se baja una hormiga aprovecha para subirse.

Cuan hermosa está la ciudad, taciturna, apacible, como un cuadro de Chirico. Los maniquíes en las vitrinas parecen suspirar.

La hormiga sale catapultada, aterriza en la pierna de la niña y la pica. Los zamuros dibujan círculos en el cielo, ratas hambrientas salen de las alcantarillas.







Sí, soy un genocida, he usado todo mi conocimiento para crear un virus letal exclusivo para humanos, no afecta plantas, animales o insectos, y no contamina el aire, la tierra o el agua.

En tan solo nueve meses la población total del planeta se ha diezmado a la mitad.

No carezco de sentimientos, me embarga un dolor indescriptible, que solo se alivia cuando en la ciudad vacía veo el retornar de la fauna: un venado en medio de la autopista, una serpiente cruzando la calle, los arrendajos anidando en el semáforo…

Sólo me resta decidir si destruiré el antídoto.



Esto del desdoblamiento resultó siendo un génesis. Para algunos una bendición, para otros una tragedia…ya no importa.

Llevo meses contemplando mi cuerpo. Presencié el festín de los gusanos, vi como la piel al secarse se ceñía al esqueleto, luego adquirí esa hermosa tonalidad verduzca. Un par de arañas anidaron en mis cuencas oculares. El musgo cubrió mi vientre, supongo que los pájaros que devoraron mis últimos gusanos dejaron algunas semillas en mis entrañas. Ahora estoy fascinado con el pequeño árbol que disloca mi forma humana con sus impetuosas raíces…

Siendo corpóreo nunca logré el éxtasis al contemplar la naturaleza.



Cuando comenzó la hecatombe algunos huimos lo más lejos posible. Vimos las columnas de humo perforando el cielo y las grandes explosiones cual amargos fuegos artificiales. Luego el paisaje infernal dejó de arder y se pintó de ese gris siniestro inherente a todo cementerio.

Después de años de sequía vinieron lluvias frescas, no como las radioactivas que mataron tanta gente. Con estas nuevas lluvias el verde reapareció y avanzó lentamente hasta cubrirlo todo.

La civilización no volverá. Nosotros para llegar a esta estación espacial agotamos todo el combustible, sin embargo moriremos contentos orbitando ante el paisaje que nos sobrevivió.



De los antiguos vegetarianos y veganos derivaron los actuales fitoseres, quienes son considerados la vanguardia evolutiva.

Sus vidas longevas superan los quinientos años, su resistencia a la escasez y la sequía los coloca en la punta de la pirámide de supervivencia.

Caminan muy orondos por la calle luciendo floraciones y cosechas, con las cuales comercian libremente. Pero son muy sensibles al desprecio y al racismo. No tienen miramientos a la hora de dar palizas, y si están en desventaja, basta el crujir de una rama rota para que un bosque se haga presente.

Los carnívoros se andan con cuidado.







De su ombligo brotaron flores, los dedos de manos y pies se alargaron ramificándose, perdió la facultad de ver y oír, pero su sensibilidad corporal superó con creses tales sentidos. Era capaz de percibir una abeja volando hacia ella a un kilómetro de distancia.

Luego perdió el habla, pero no debido a la transformación, al parecer fue una decisión consciente. Lo último que dijo, dirigiéndose a mí, fue:

Humanidad es sinónimo de palabra, para ustedes la comunicación idiomática es técnica y progreso, pero también orfandad… Ahora abrazaré el silencio, sólo hablaré el lenguaje del viento… no llores... seguiré escuchando.



Regresé al viejo edificio… ¿a dónde más podría ir?

Las puertas de vidrio estaban rotas, el piso del lobby lucía una alfombra de hojas secas. En la lámpara victoriana se mecía apaciblemente un araguato. Sobre la mesa de la recepción una boa dormía enrollada alrededor de una calavera. Las paredes ostentaban un tapizado verdusco producto del moho.

Subiendo por las escaleras me crucé con un par de gatos y una zarigüeya parida. Pasé de largo por mi apartamento y fui directo a la azotea. Quedé estupefacto ante un apamate florecido, unas guacharacas alzaron el vuelo. Había vuelto a casa.



Al doblar la esquina vi a un tigre comiéndose a un adolescente, el felino entretenido ni me determinó, pensé que de haber salido más temprano…

Estando en el semáforo pasó una mujer en bicicleta perseguida por una jauría de perros salvajes, me quedé inmóvil, pasaron de largo.

Llegué a casa de mi novia, al parecer había salido, me senté en la escalera a esperarla.

En el edificio de enfrente una yegua se asomaba al balcón, un nudista junto a ella fumaba cannabis.

El viento trajo a mis pies una revista Atalaya, de esas que traen bellas ilustraciones del paraíso.



Estuvimos muy cerca del fin. Algo que catalogan de divino cambió nuestras conciencias.

Abandonamos radicalmente esas caducas formas de poder llamadas de derecha e izquierda. Simplificamos las leyes a unos pocos principios básicos: No mentir a otros, no robar, no acumular capitales, trabajar lo reglamentario, consumir lo necesario, no demostrar ira, no profesar ideales o creencias, respetar al prójimo (animales, plantas y medio ambiente fueron considerados prójimo), por último matar a todo aquel que no cumpliera las reglas anteriores.

Al principio fue duro y sangriento, ahora todo es armonía. Algunos teóricos hablan de la era posthumana, otros del infierno.




Mau
2019



Se probó de todo, no había manera de que la humanidad respetara la naturaleza. Se reiteraban las mismas facciones:

Para algunos era algo salvaje que debía ser combatido, otros la veían como un lucrativo negocio y estaban los que pensaban en ella como una madre sagrada.

A este último grupo pertenecían los científicos que desarrollaron el fitogen, el cual al ser inoculado, transformaba la sangre en clorofila… Hojas y flores nos salieron.

Al principio hubo una bella y extraña paz, pero luego volvimos a lo de siempre: prácticas de poder, explotación de los débiles y matarnos por cualquier estupidez.



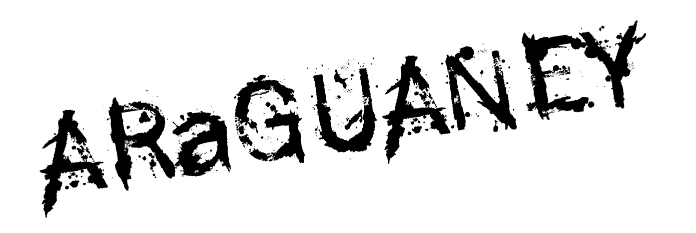
“Ser un árbol no es tan malo”, fue la consigna de: ecologistas, hippies, algunos grupos pacifistas, darwinianos y una que otra secta antihumanista.

Con el apoyo de esta gente el proyecto prosperó. Lograron la aprobación del congreso, esta incluía un extenso terreno que fue decretado patrimonio natural.

Entonces llegó el día.

Todos los voluntarios fueron inoculados con el fitogen, antes de transformarse completamente, ellos mismos se sembraron en el lugar de su preferencia. Ahora hay un bosque amurallado.

Una de las exigencias del proyecto fue dicha muralla, para estar lejos de los hombres y su obsesión enfermiza por talar.



No había forma de saber en qué especie de árbol se convertiría la persona inoculada con el fitogen. Algunos genetistas pensaban que el origen de dicha selección estaba en una parte del cerebro ligada a la memoria.

Él sobresalía en medio del verde bosque debido al color de su floración. Sus hojas caducas daban paso a ese intenso follaje amarillo que lo convertían en el centro visual del paisaje.

Cuando en una de sus ramas anidaron unos turpiales, los genetistas dedujeron que el origen de la selección podría estar vinculada a nociones identitarias ligadas a los afectos del sujeto.



Con la desglaciación los más afectados fueron los más poderosos, como si aquel cataclismo estuviese dirigido por la justicia divina.

Canadá desapareció del todo. Los Estados Unidos quedaron reducidos a la tercera parte. Paradójicamente en la frontera los mexicanos se daban gusto matando gringos que trataban de saltar el muro ilegalmente. El gigante asiático se convirtió en un enano. Los países nórdicos, los que conformaban el bloque soviético, el Reino Unido, así como el norte europeo; todo bajo el agua.

Con todo este panorama aún habían desgraciados que proponían deforestar la Amazonía para hacer soluciones habitacionales a gran escala.







Hoy he venido con mis nietos al parque, un lugar que realmente les encanta, pero a mi me produce mucha nostalgia y tristeza.

Lo que hacemos es caminar un rato, ellos corren entre los árboles, recogen caracoles o restos coralinos, luego buscamos un claro para tumbarnos en el césped y ver como pasan los animales marinos sobre las copas de los árboles: calamares gigantes, medusas luminiscentes, bandadas de delfines, incluso, el otro día, logramos ver una ballena azul, especie que se creía extinta.

Aquel día me preguntaron qué había más allá del mar, entonces les conté del otro cielo.



Soy verde como un aguacate. Me miro al espejo y quedo extrañado. Los pelos de mi nariz son pequeñas raíces. Mis cabellos recuerdan, sin lugar a dudas, ramas de un sauce llorón. De las vetas de mi piel me gusta pensar que son tatuajes de los que ahora están de moda.

Por las mañanas desayuno sol. Cuando llueve salgo a caminar para refrescarme un rato. Jugar con las aves también es algo que disfruto mucho, tengo buena amistad con canarios, azulejos y cardenales, también con una alegre bandada de pericos. Por la noche un murciélago cuelga de mi oreja.



Muchos son los casos comprobados de alucinaciones colectivas producto de la ingesta de hongos alucinógenos. Como dato curioso, todas se producen en ambientes naturales, sobretodo en bosques. En estas experiencias es común y recurrente la aparición de los llamados elementales, que son personificaciones del espíritu de las plantas.

Los primeros inoculados del fitogen, luego de transformarse, dijeron tener a su lado un elemental, este sólo podía ser visto por ellos, pero dicho elemental podía ver y hablar con otros elementales.

La psicología tuvo que abrir una nueva línea de investigación porque esto resultó muy distinto a tener amigos imaginarios.



Los primeros inoculados se sembraron a si mismos permaneciendo fijos al suelo el tiempo que duró la transformación, pero al llegar la primavera desenterraron sus raíces y echaron a andar.

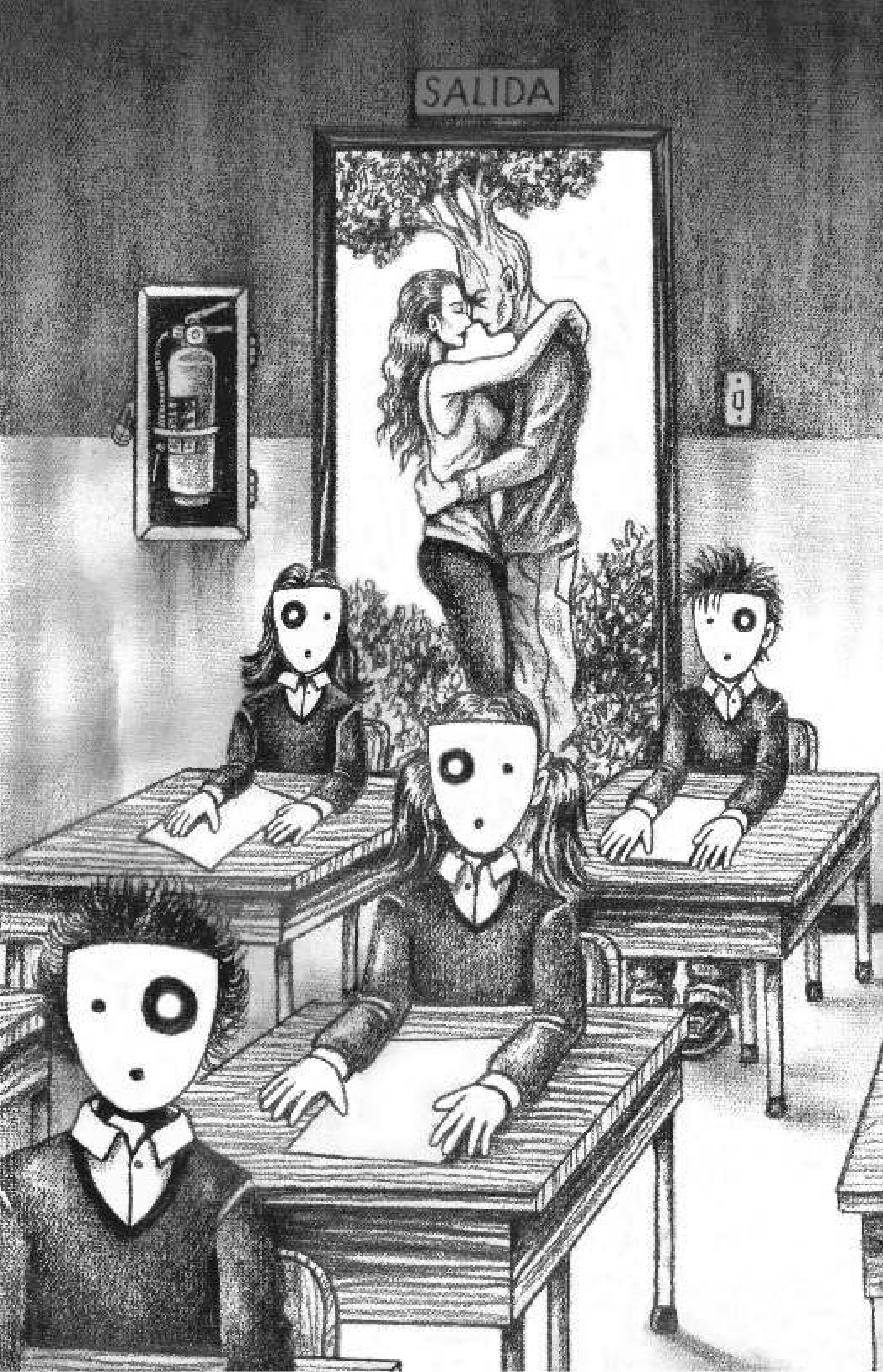
Algunos permanecieron en la reserva y otros volvieron a las ciudades a convivir con los humanos. Cosas drásticas reconfigurarían el futuro.

Aquella primera generación, sin saberlo, dejó semillas o esporas en el suelo que brotarían eventualmente.

Los que se quedaron en la reserva copularon entre ellos originando una segunda generación.

Y los de las ciudades se mezclaron con humanos generando una vertiente imprevista.

El mañana se vestía de verde.


SALIDA





Mi padre fue de la primera generación, era muy arbóreo. Con su floración conquistó a mi madre humana, ella quedó embarazada sin saber exactamente cómo, pero he de subrayar que se amaban.

Esta sociedad se autodefine progresista, pero al parecer, eso siempre deriva en falacia e hipocresía. Basta ver como me tratan en la escuela por ser verde, por tener muchos dedos como raíces y porque me salen hojas en la cabeza.

Le he dicho a mis padres que quiero irme a vivir al bosque, pero me dicen que debo afrontar la situación. Ahora ha comenzado a salirme corteza.



Ella se inoculó el fitogen porque perdió la fe en la humanidad y él lo hizo porque creía ciegamente en la evolución.

Se conocieron en la reserva. Luego de que se transformaron entablaron una inédita y profunda relación amorosa de la cual nació un hijo, más vegetal que humano; no tenía ojos, oídos, ni boca, sus manos eran más bien ramas y sus pies raíces, se alimentaba exclusivamente de sol, agua y nutrientes del suelo.

Lograron sacarlo de la reserva en secreto para alejarlo del asedio científico. Lo llevaron a un bosque lejano, allí crece rodeado de sus ancestros.



Esta nueva gente no comulgaba con los sistemas de producción y el consumismo. Sus alimentos (sol, agua y tierra) no podían ser empaquetados o vendidos.

Algunas empresas de fertilizantes tuvieron un repunte, pero nada exorbitante, ya que resultaron ser un target muy apegado a lo silvestre.

La industria del calzado y el vestido hicieron algunas propuestas, todas fracasaron. Preferían andar desnudos, total… no tenían genitales de los que avergonzarse.

La telefonía móvil también intentó posicionarse pero resultaron ser muy sensibles a las ondas de radiofrecuencia.

Los viejos paradigmas del mercado no funcionaban en ellos, un nuevo modelo era requerido.

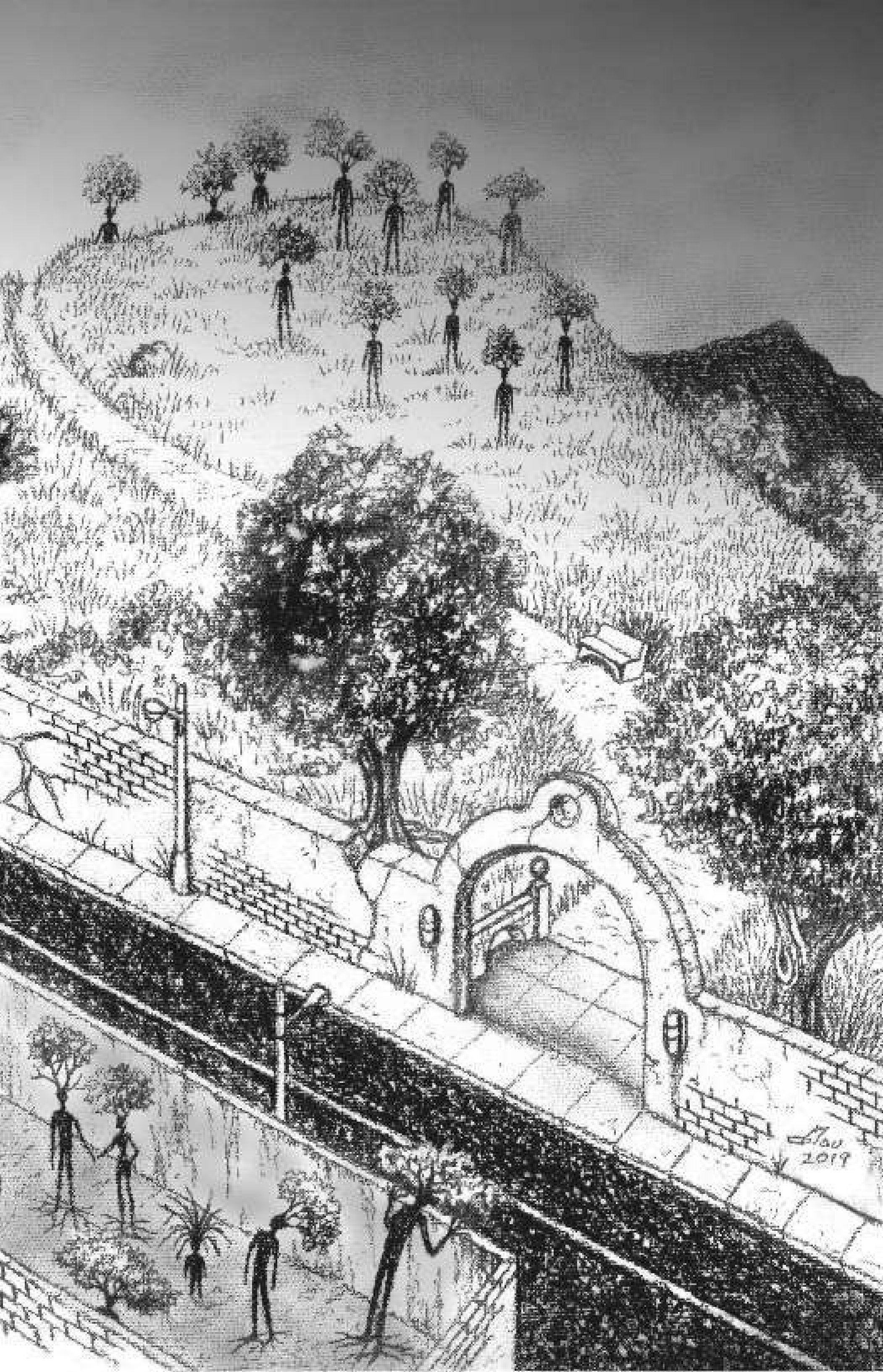


Ya sabemos como se divierten los humanos. Se puede decir que festejan la vida de manera sórdida.

Gustan del ruido estridente, para eso van a discotecas, allí aumentan el goce intoxicándose, lo cual logran gracias a una larga lista de productos legales e ilegales. También les encanta fornicar sin fines reproductivos, sólo por el placer de la carne poseída, sudada y en movimiento. En resumen, se divierten estimulando, no sin violencia, sus sentidos.

En cambio, para esta otra gente, la noción de fiesta se reduce a irse lejos de la ciudad, pararse cerca unos de otros y guardar silencio.







Esta gente verde no se acostumbró a la arquitectura tradicional, entonces generaron cambios.

Lo primero que hicieron fue quitarle el techo a las casas, no tenía ningún sentido para ellos. Eliminaron las cocinas pues les bastaba con pararse en el jardín. También modificaron los baños, sólo dejaron la regadera, al final ni las habitaciones les eran útiles, así que se conformaron con unas altas paredes perimetrales.

Por último prescindieron de todo tipo de piso que no fuera la tierra desnuda, porque para ellos resulta fundamental el contacto directo con el planeta.

Sin lugar a dudas son seres profundamente telúricos.



Las ciudades siempre contaron con diversos espacios verdes, pero se evidenció cuán pocos eran cuando esta nueva gente comenzó a exigir sus derechos.

Una de tantas exigencias fue quitar parte de las aceras y del asfalto para ellos poder caminar directamente sobre el planeta. También se hizo obligatorio tener un jardín, incluso si se vivía en un edificio, cada apartamento debía tener el suyo.

Todo esto aumentó la calidad de vida y contuvo el cambio climático. La inconformidad comenzó cuando iniciaron los juicios y demandas por violentar los derechos vegetales.

Un hombre obtuvo cadena perpetua por quemar un árbol.



EL inquilino del 36 era un tecnofáustico empedernido, soñaba con una humanidad mecanizándose, que sustituyera cuerpos de carne por cyborgs, de allí que odiara profundamente el retorno a la naturaleza de la sociedad actual. Sobretodo le molestaba la Hiedra que vivía en el pent-house, la cual, con permiso del condominio, se salió por la ventana, creciendo hasta envolver todo el edificio, manteniéndolo fresco, eximiendo de aire acondicionado a los residentes.

El energúmeno del 36 hacía denuncias iracundas quejándose de la Hiedra… dejó de hacerlas después del terremoto, cuando los edificios vecinos se desplomaron y el suyo quedó en pie.



Era tonto pretender educar a esta nueva gente como humanos, sobre todo porque los de segunda generación no hablaban, no tenían ojos y aunque tampoco tenían cerebro, sí ostentaban una aguda inteligencia.

Se hicieron ensayos de escuelas mixtas, pero no prosperaron. No porque los niños humanos y los niños vegetales no pudiesen convivir y ser amigos, de hecho lo hacían con naturalidad. El conflicto radicaba en los contenidos: la historia humana y la de las plantas, la biología y su pirámide evolutiva, y... ¿Cómo enseñar lenguaje cuando los nuevos dialogaban con las aves y el viento sin necesitar palabras?







No fueron agresivos, intransigentes o malvados aquellos a quienes les brotaron espinas, todo lo contrario, se dio con profusión en personas tímidas, débiles e inseguras.

Uno de los casos más vistosos fue el de una muchacha enclenque y huérfana que creció en las calles, sobreviviendo entre sombras y lástima. Se anotó entre las primeras para ser inoculada con el fitogen, de hecho fue la primera.

No tenía ninguna duda, cualquier resultado le vendría mejor que su desgraciada vida. Se transformó en una Ceiba Pentandra; un árbol mítico, de una fortaleza y exuberancia sin parangón, un hito en el paisaje.



Dialogar con el viento y conseguir en su murmullo las noticias de pueblos lejanos.

Caminar con los pies desnudos para sentir el dolor de la tierra calcinada o el palpitar de las raíces del bosque.

Pararse bajo la lluvia en silencio como si el vendaval pudiese ser seducido.

Buscar con ansiedad en amaneceres y ocasos esos sutiles rayos de sol que le insuflan infinito a la agonía del instante.

Todas estas prácticas fundamentales eran inherentes a humanos y homofitos, pero en algún momento de la historia (he aquí el dilema) los humanos las abandonaron para ocuparse de la tecnología.



Si algo preocupaba a los gobernantes, era el racismo. Siendo la humanidad capaz de crímenes políticos o religiosos, era lógico pensar que habría resistencia respecto a esta gente verde que de humanos parecían tener muy poco. Sin embargo, los verdes fueron contundentes.

Se pensó que por derivar de las plantas serían pasivos, pues no. Resultaron iracundos y sensibles a ofensas. Como si en su herencia genética hubiesen venganzas sin cobrar. Tenían el umbral del dolor muy alto, una veloz capacidad regenerativa y una corteza que los acorazaba.

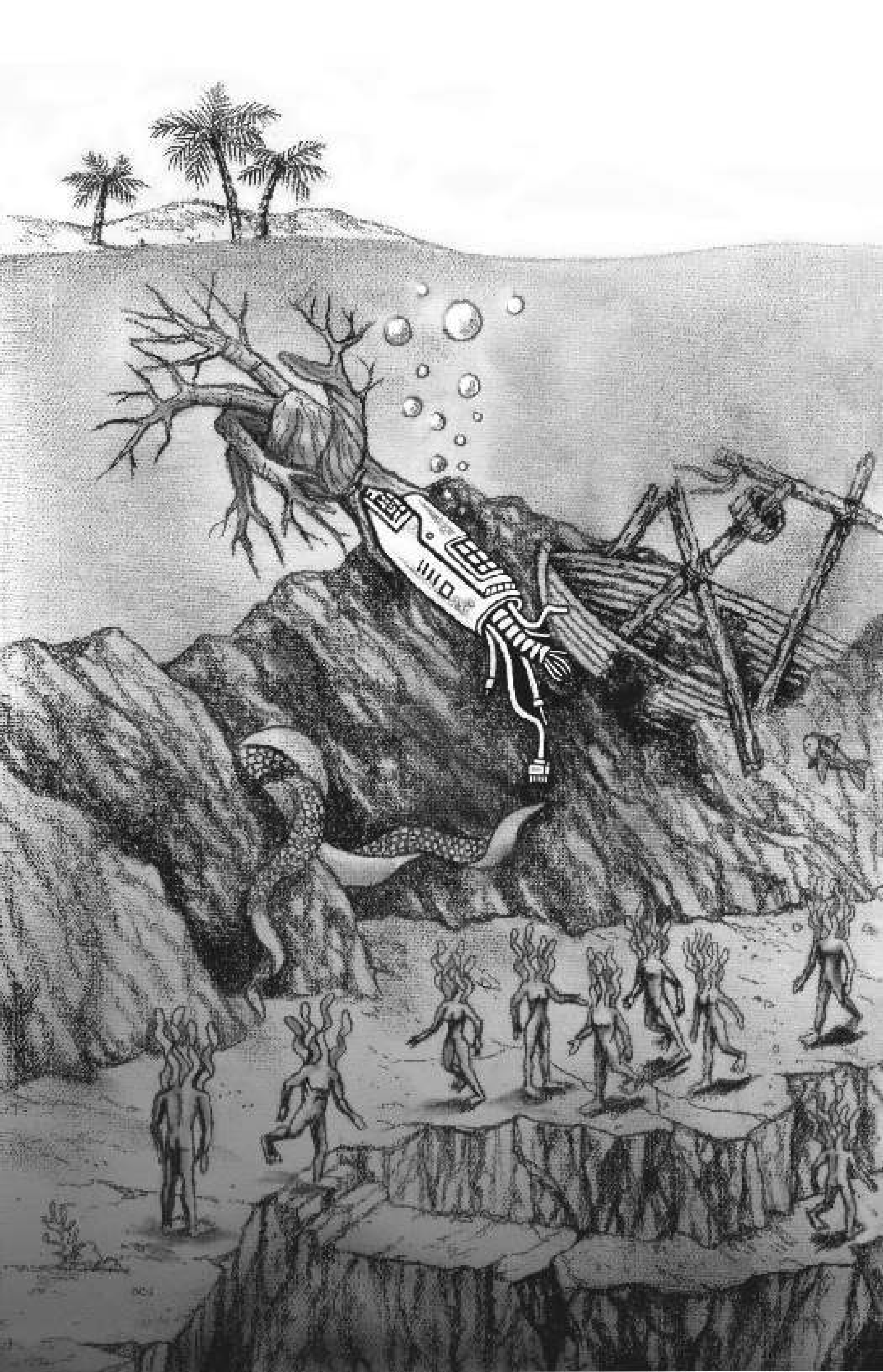
Bastó una ceiba para fulminar la trifulca antiverdes. Proporción: 36 contra 1.

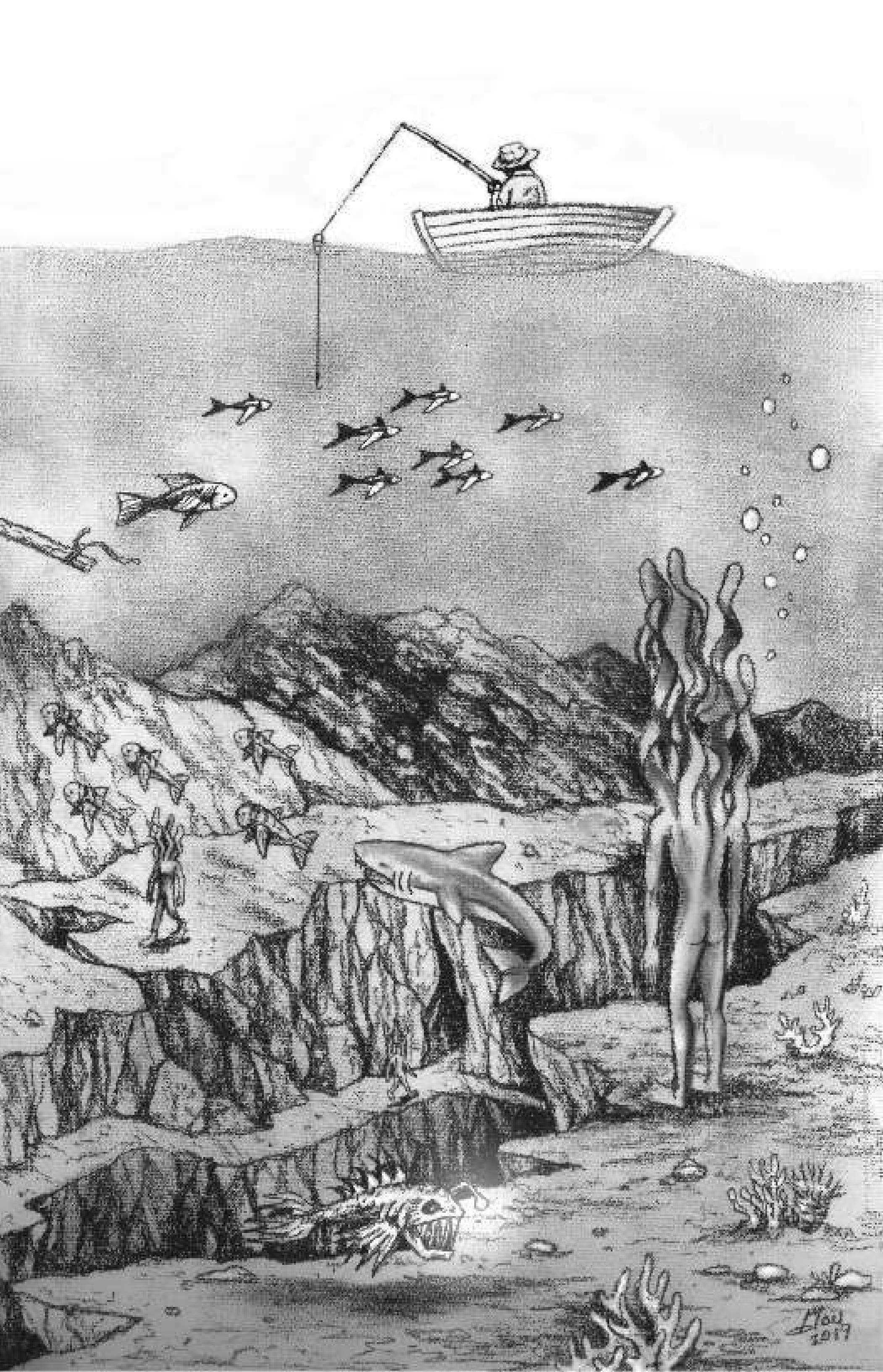


Facciones disociadas e histéricas que vieron en el retorno de la naturaleza un peligro para la civilización humana y su proyecto modernista (nunca faltan los pendejos), decidieron emprender una cruzada para detener el avance de los verdes.

Haciendo uso de tecnología cyborg-genética (aquella donde lo orgánico resulta fusionado con lo artificial) crearon una especie homo-tecno-vegetal para infiltrarla entre los verdes y así ir socavando, mediante espionaje, la conformación de lo que ellos consideraban una sociedad invasiva (como si no se hubiesen visto nunca en un espejo).

No funcionó. La fobia de los verdes hacia lo tecnológico resultó algo inexorable.







Dentro de las especies más curiosas que originó el fitogen se encuentran los Homóficos.

Estos casos sólo se dieron en zonas costeras, hombres y mujeres que al transformarse necesitaron tal cantidad de agua para sobrevivir que se vieron obligados a internarse en el mar.

Se establecieron en el fondo marino, donde adquirieron una biodiversidad fascinante, resultó difícil clasificarlos como plantas, hongos o animales. Curiosamente todos habían sido marineros, gente cuyos antepasados agotaron sus vidas surcando los océanos.

Desde el principio optaron por ser nómadas, explorando las profundidades como errantes del abismo, también son considerados los guardianes de sus secretos.



Los globos oculares ensartados como dos aceitunas en la rama, un zamuro comenzaba a degustarlos al mejor estilo gourmet. Vlad el Empalador parecería un niño comiendo mocos comparado con el panorama inefable de aquella masacre. Súbitas raíces brotaron del suelo como dagas provenientes del mismísimo Averno. Maldita la hora en que decidieron encender las motosierras, los humanos y su tecnología.

Aquel sonido las enloqueció, desencadenando la guerra más corta de la historia. Pero pese a la victoria aplastante, cuando retornó la calma, hubo respeto por el enemigo caído. Fueron enterrados para abonar la tierra. Sobre cada cadáver nacieron flores.



Los niños vuelven a trepar los árboles, el columpio pende de una rama y es el árbol quien lo mece. La infancia retoza entre la hierba. Los animales nos devuelven las caricias, el temor al depredador parece extinto. Cuán bucólico es este paraíso donde pasado es infamia y futuro distopía.

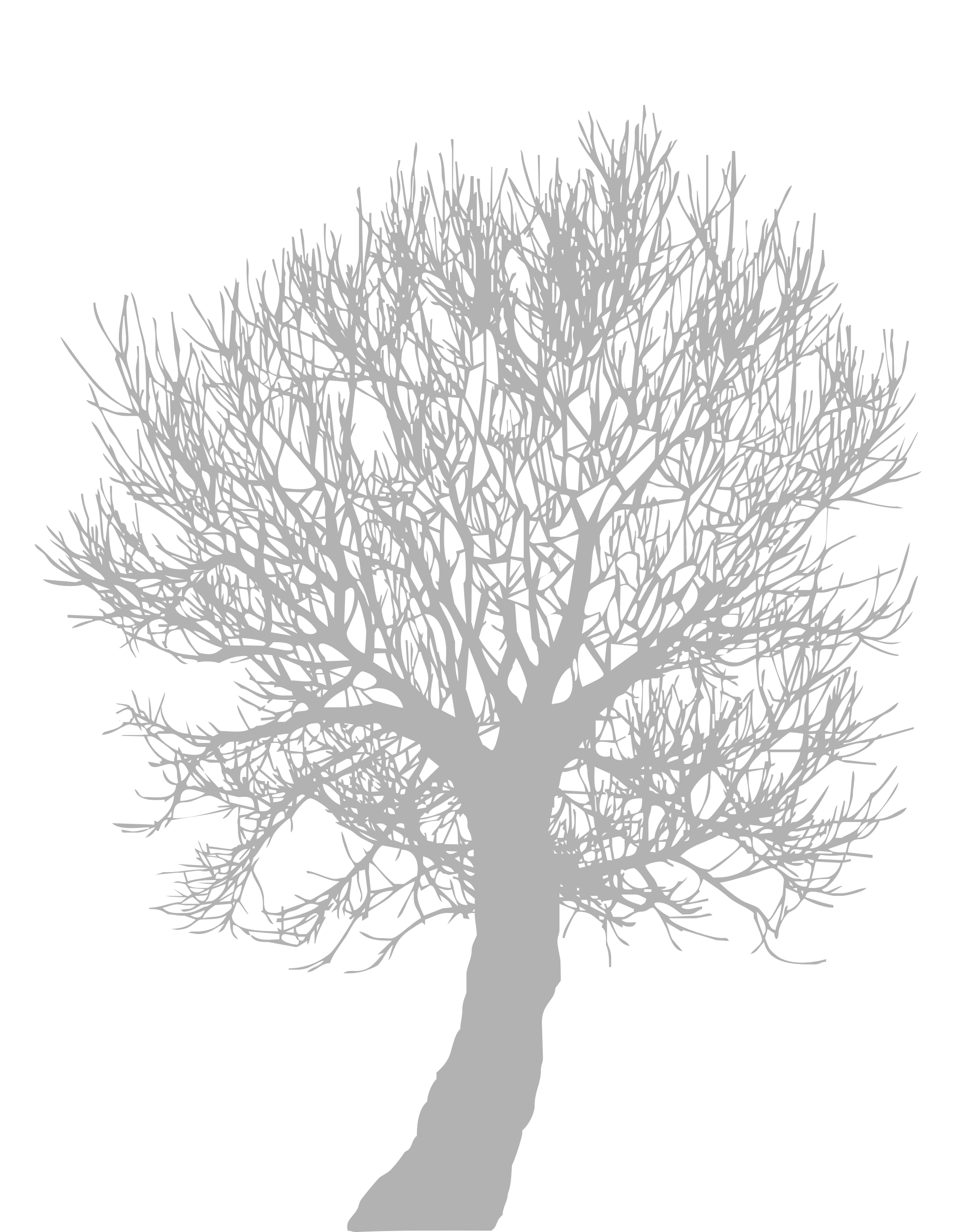
Una bandada de golondrinas pregona el invierno, la ciudad mohosa se despierta sin otro compromiso que no sea el placer. Los faunos con sus zampoñas acompañan el canto de las dríadas. Todos en armonía celebran la vida mientras presienten que se avecina el hambre y con ella… el miedo.



Avanzamos por el camino de la tecnología hasta la extinción humana. Paradójicamente renacimos como uno de nuestros propios experimentos. Nuevos paradigmas, nuevos horrores, nuevos placeres, nuevos dioses.

Pero algo ancestral sigue acompañándonos para recordarnos nuestra filiación con el planeta. Es esa naturaleza temerosa y desterrada que al vernos cambiados ha retornado para probar suerte.

En las postrimerías de una civilización que se soñó inmarcesible, desde una estación espacial en orbita (último reducto de humanidad), celebran un inusual avistamiento. Entre las ruinas mohosas del cementerio de la modernidad, se ha confirmado el caminar de los árboles que no son árboles.



ÍNDICE

Crónicas Verdes

36 Microcuentos Greenpunk

Con esta obra Ediciones Fundajau quiere nutrir la tradición cuentística minificcional venezolana, y se lo plantea desde un ámbito inusual en dicho contexto, nos referimos a la Ciencia Ficción; esa mirada creativa y necesaria de realidades tan cercanas y lejanas como insospechadas que constituyen un ejercicio ineludible respecto al futuro. Además lo hace abordando un subgénero incipiente y aún indefinido, llamado arbitrariamente Greenpunk.

Obitual Pérez nos plantea su concepción del Greenpunk a través de un mundo donde el retorno de la naturaleza deviene postapocaliptico, a este le ha sumado dramáticas variantes genéticas que reconfiguran la sociedad humana para hacerla más verde, dejando que el lector decida finalmente si esta visión responde a una utopía o a una distopía, no sin dejar de avivar las preocupaciones por el drama ecológico que tenemos frente a nuestros ojos.

